

ta de Nueva York», así puede leerse este libro compilado por Reni Marchevska: leer y releer estas historias para captar los múltiples centros de la secreta obsesión literaria de los cuentistas hispanoamericanos de las últimas dos décadas del siglo XX.

Valioso testimonio de la producción literaria en este género, el trabajo es producto de la investigación que Marchevska realizó gracias a la beca otorgada en 1998 por la SER de México, y que ahora se publica coauspiciada por los miembros residentes y concurrentes del Grupo Latinoamericano de Sofía.

Como toda antología, ésta es también un desafío a la completud y puede ser tildada de arbitraria: ¿por qué no hay alguna muestra de Bolivia o Puerto Rico?, ¿por qué si aparece una autora nacida en el 1938 como Luisa Valenzuela no se ha seleccionado algún cuento de Juan José Saer que es apenas un año mayor?, ¿cuál fue el criterio de calidad aplicado a la selección?, ¿no hay en los diferentes países exponentes menores de cuarenta años para mostrar la actual producción cuentística?

«Conscientes de lo difícil y arriesgado que es aproximarse en un solo libro al estado actual del cuento hispanoamericano (...) reconocemos nuestra deuda con muchos narradores y cuentos», dice la compiladora. Y es verdad. Están ausentes, además de los mencionados, autores de países como Nicaragua, Panamá y El Salvador; entre los más jóvenes se

citan a Rodrigo Fresán (del 63, Argentina), Octavio Escobar Giraldo (62, Colombia), Carlos Cortés y Rodrigo Soto (62, Costa Rica), Luis Martín Gómez (62, República Dominicana), Rocío Silva Santisteban (63, Perú), Luis Felipe Castillo (62, Venezuela) y dos excepciones, los que todavía están en la treintena: Mabel Pedroso (65, Paraguay) y Leonarlo Valencia (69, Ecuador). Sin embargo, el volumen vale por lo que incluye, más allá de las ausencias señaladas.

Al apartado que se le dedica a los diferentes países, le antecede un estudio teórico/crítico sobre el estado de la narrativa nacional. Estos textos son de diversa índole: los hay más políticos y coyunturales con el momento histórico y la cultura que atraviesa el país (Mempo Giardinelli, Argentina; Luis Barrera Linares, Venezuela), los hay más orientados a la reflexión social y las diferencias generacionales de sus escritores (Ramón Díaz Eterovic, Chile; Abdón Ubidia, Ecuador), y la propia Reni Marchevska asuma algunos textos preliminares con una mirada exhaustiva y académica que da cuenta de su pasión por el estudio y la comprensión de la cuentística hispanoamericana (Colombia, México, Uruguay): sus bibliografías al pie de cada artículo aproximan más al lector con intención de profundizar los aspectos desarrollados.

Sobre la elección, habría mucho para decir, pero dado el breve espacio privilegiemos lo siguiente:

todas, o casi todas las expresiones, están presentes: la ciencia-ficción, los cuentos fantásticos, los de aventuras; los cuentos más psicológicos, los idealizados en ambientes rurales y los crudamente urbanos, los realistas y grotescos, los sutiles y poéticos, los que asumen forma de carta o diario o memoria íntima, los de arraigo criollista y los vanguardistas, los de un realismo crítico y los fuertemente cargados de humorismo y rasgos bien nacionales.

El acertado equilibrio entre mujeres y hombres se destaca como otro logro del volumen —dato no muy común en algunas antologías donde es nula o escasa la participación de escritoras—; esto constituye otro mérito de Marchevska.

Ningún tema ha quedado afuera: la guerra, las revoluciones armadas y la guerrilla, la marginalidad, la cultura de masas y el rock/pop, lo infantil, la sexualidad, la crisis político-militar en toda Latinoamérica, las relaciones familiares, la locura, el exilio, la identidad, el arte.

Este libro abre un gran abanico de lo que es en los últimos veinte años el imaginario narrativo de Hispanoamérica. Lejos de los clichés que la mirada extranjera al continente suele poner como marca de la producción literaria —el *boom*, el «macondismo», el realismo mágico—, la obra compilada por Marchevska es una acabada muestra de la enorme diversidad de temáticas, tendencias y estilos que puede leerse como una

«verdadera narrativa de la resistencia» —expresión que utiliza Giardinelli para la producción en la Argentina, pero que bien puede extenderse a toda Latinoamérica.

Además de los mencionados más arriba, conforman este mosaico de cuentos autores de la talla de Ana María Shúa, Reina Roffé, Ricardo Chávez Castañeda, Luis Hernáez, Péter Elmore, Teresa Porzekanski, Bárbara Jacobs, Jesús Díaz, Policarpo Varón, por citar sólo algunos de los casi setenta que despliegan sus historias en estas páginas.

Variada escritura para disfrutar, emocionantes y fuertes algunos cuentos, más flojos pero con algunos toques y hallazgos insoslayables otros, las obras de experimentados autores y las de las nuevas voces compartiendo la muestra de su país, el meritorio y serio trabajo de recopilación: por todo esto es justo dar la bienvenida a un libro producto de la rigurosa tarea de su compiladora.

Quedan muchos otros escritores y escritoras por exponer su producción en cada país, habrá más historias para ficcionalizar en nuestra castigada Latinoamérica, pero el camino ya está abierto. Ahora sólo resta procurar «convertir el desierto» y ya no sólo como un modo de entablar una conversación —como sucede a los personajes del cuento de Reina Roffé— sino como fe y estrategia: «alimentar el repentino y floreciente deseo de empezar de nuevo».

**Diana Paris**

**Los palacios distantes**, Abilio Estévez, Tusquets, Barcelona, 2002, 272 pp.

La nueva novela de Abilio Estévez se adentra en la belleza de una Cuba rota y deshecha. A través de las ruinosas calles de La Habana, el autor de *Tuyo es el reino*, evoca la nostalgia de una utopía y de un mundo definitivamente perdido.

El narrador de *Los palacios distantes*, con severidad y lúcido pesimismo, reflexiona en torno a lo que fue Cuba en su pasado más inmediato. No en vano la novela está ambientada en un deteriorado teatro de La Habana, ahora terrorífica ciudad, testigo en tiempos de lo más granado de su sociedad y de su cultura. Desde los escombros del pequeño Liceo, Victorio pasa su tiempo recordando y tratando de encontrar el encanto de las cosas, en medio de unas ruinas que remiten, constantemente, al esplendor de La Habana, una ciudad que suele desentenderse del ritmo habitual del planeta.

Quizá lo que más llama la atención en esta novela es el empeño pertinaz en ver belleza en las grietas de los edificios, en el desmoronamiento de los palacetes, en la herrumbre de las ventanas, en los desconchones debido a la humedad y al abandono, pero es que para Abilio Estévez el arte tiene encantos que la realidad desconoce. Será esa recurrencia a lo hermoso, mejor dicho, al empeño en restaurarlo lo que dé sentido a la vida de los per-

sonajes. Victorio es un cuarentón desalojado de su casa pocos días antes de que se desplome el edificio en el que vive. Desprovisto de espacio en el que vivir, emprende un vagabundeo por la ciudad hasta que encuentra un lugar donde habitar: el Liceo en ruinas, en donde vive otro personaje enigmático: un funambulista, obsesionado en dar sentido a un mundo que se desmorona, en restaurar una belleza ya imposible.

Cuba será un país de extremos diabólicos y así junto a columnas dóricas, cariátides, motivos *art déco*, volutas modernistas, adornos bizantinos, maderas preciosas, imperarán la desidia, el hastío, el desaliento, la miseria y la desilusión. Victorio, Selma y Don Fuco forman parte del infierno cubano, son seres sin arraigo existencial, atosigados por un espacio que cada día se vuelve más hostil.

No se omite la referencia a la revolución, incluso, irónicamente, el autor hace que uno de los personajes nazca en 1953, año en el que Fidel y sus hombres asaltan el cuartel Moncada. Sobre este recuerdo, Abilio Estévez es contundente: la revolución prometió futuros ilusorios, fue una falacia.

Este teatro en ruinas se convierte en una metáfora de la Cuba actual. No sólo se habla de ruina física sino también de ruina moral, de ahí que la reflexión sobre la realidad cubana se realice en términos de fatalidad y se sublime la destrucción

que invade todo con la constante reflexión a la belleza del pasado. Se establece un juego de contrarios (fealdad-hermosura / recuerdo-olvido/ interior, el teatro-exterior, la luminosidad, el mar/ movilidad-inmovilidad/ progreso-retroceso/ amor-odio/ heterodoxia-ortodoxia) que agudizan el sentimiento de precariedad de una ciudad, La Habana que, a pesar de todo, ha sido la única superviviente de cuatro largos siglos de fracasos, playas y derrumbe. Aunque muy diferente de su primera novela, *Los palacios distantes* es una minuciosa y barroca descripción de La Habana gracias a su cuidado, preciso y seleccionado lenguaje, aspecto fundamental en la narrativa de este autor.

### Milagros Sánchez Arnosi

**Alvar. *Thirty Years of Lithography*, Betti Jean Craige, *Decorative Expressions, Inc.*, Madrid, 2001, 96 pp.**

La profesora de literatura comparada y directora del Centro para las Humanidades y las Artes en la Universidad de Georgia, Betty Jean Craige, quien cuenta entre sus trabajos como hispanista un estudio de la poesía de Federico García Lorca

(1977) y tres importantísimas traducciones de poetas españoles al inglés: Antonio Machado (1978), Gabriel Celaya (1984) y Manuel Mantero (1986), ahora nos entrega este excelente y muy cuidado volumen sobre las obras litográficas del artista barcelonés Alvar Suñol Muñoz-Ramos.

De acuerdo a la autora, quien no sólo entrega su juicio aquí sino que también el de muchos otros, Alvar Suñol es hoy por hoy, y después de cuarenta años de paciente experimentación, el «maestro de la litografía del siglo XX». Este artista –y «artesano», como muy bien lo recalca Craige– catalán, nacido en 1935, ha desarrollado una extensa obra que incluye, además de las que este libro se preocupa, pintura al óleo, acuarela, dibujo, grabado y escultura. Por el conjunto de sus trabajos, Alvar «ha logrado alcanzar un merecido lugar entre otros grandes de la región: Pablo Picasso, Isidro Nonell, Salvador Dalí, Joan Miró, Antoni Tàpies y Antoni Clavé». Este reconocimiento local y global –como diríamos ahora en lugar de internacional– lo ha hecho participar con sus obras en numerosas galerías, en variado tipo de exhibiciones, en colecciones, en museos, por cierto sin dejar de mencionar los premios recibidos a lo largo de su trayectoria.

Alvar, como se menciona en este libro, es un artista bastante «conocido por coleccionistas alrededor del